



RESEÑA

Recibido: 15 de junio 2019. Aprobado: 7 de octubre de 2019.

DOI: 10.17151/rasv.2020.22.1.10

Entre la calle y el cementerio. Prácticas, rituales y religiosidad de las trabajadoras sexuales transgénero

Luis Bernardo Bastidas M., Daniela Díaz C. y Valentina Villamarín M.

Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana

2018

LAURA VIVIANA CHAUSTRE-FANDIÑO

Magíster en antropología, FLACSO, Ecuador.

✉ lvchaustref@gmail.com

ORCID: 0000-0002-9014-3245

📖 Google Scholar

El Cementerio Central de Bogotá y su vecindad con el barrio Santa Fe son el núcleo articulador de un libro que cuenta encuentros diversos: entre vivos y ánimas benditas, entre mitos y biografías, entre vendedores y altares, entre ofrendas y milagros, entre trabajadoras sexuales y un espacio sagrado, entre mujeres trans, ángeles y santos.

La primera parte del libro da cuenta de la milagrosa facultad de los difuntos, las ánimas benditas, para intervenir en situaciones terrenales. Dicha facultad permite una serie de intercambios en los cuales, mediante ofrendas, las personas vivas solicitan favores y crean un compromiso ritual. Flores, agua, arroz, susurros, placas, oraciones, fuego en velas, caramelos, maíz y hasta cerveza son parte de los regalos que se entregan para pedir amparo, fortuna, amor, dinero, salud o, a la vuelta, agradecer los favores recibidos.

Leo Siegfried Kopp (fundador de la cervecería Bavaria), Julio Garavito Armero, Gustavo Rojas Pinilla, Carlos Pizarro y Luis Carlos Galán son algunos de los santos populares no reconocidos por la iglesia católica pero santificados por sus fieles creyentes, entre quienes se distinguen las mujeres trans. Los santos populares tienen en común con los santos

Como citar esta reseña:

Chaustre-Fandiño, L. (2020). Reseña de Entre la calle y el cementerio. Prácticas, rituales y religiosidad de las trabajadoras sexuales transgénero, de Bastidas, Díaz y Villamarín. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*, 22(1), 189-192. DOI: 10.17151/rasv.2020.22.1.10



oficiales las oraciones propias con las que son evocados y las diferentes especialidades milagrosas que se les asignan; por ejemplo, “el abogado de las cosas imposibles”, como se denomina al finado ex comandante de la guerrilla M-19. Esta adoración no institucionalizada da pie a una variedad de relatos, no siempre congruentes, sobre la vida de los santos populares; los creyentes no saben con certeza quiénes fueron las ánimas benditas que veneran, lo cual convierte sus vidas en mitos.

Por otro lado, están las tumbas abandonadas, almas de N.N. necesitadas de rezos para transitar al cielo y purgar sus culpas. Ellas también participan de la transacción entre vivos y muertos que sucede cada lunes en el Cementerio Central. Es el caso de Salomé, quien pudo llamarse en vida María Salomé Muñoz; una campesina para algunos, una trabajadora sexual para otros, las dos tal vez. Salomé es su historia, múltiples retazos inconclusos que los devotos van hilando y así le dan vida a lo que fue la vida de la santa; es, además, todas las placas de agradecimiento que rodean su tumba, dando fe de sus milagros.

El barrio Santa Fe, otro protagonista del texto en tanto espacio de encuentro, fue construido en la década de 1940. De ser poblado por las familias pudientes de la capital, pasó a ser un barrio de inquilinatos y la zona de tolerancia más grande de Bogotá. Allí se han concentrado poblaciones marginadas, excluidas y empobrecidas que, señalan los autores, no tienen otra alternativa diferente que dedicarse a la mendicidad, la delincuencia y el trabajo sexual. Los primeros habitantes del Santa Fe no solo abandonaron el barrio, sino que abandonaron el Cementerio Central, dando paso a los *outsiders*, personas con conductas morales que no encajan en los códigos morales hegemónicos de la sociedad, para habitar el patrimonio cultural común y fortalecer una religiosidad propia.

La segunda parte del texto, “La calle, la devoción y el cementerio”, trata de explicar la relación entre las trabajadoras sexuales trans, su contexto y el cementerio. Las mujeres transgénero sufren un rechazo social en diferentes ámbitos, incluido el mercado laboral. La prostitución parece ser la destinada opción de estas mujeres y Santa Fe resulta indicado para realizar su trabajo. Al llegar al barrio ellas son amparadas por una red compuesta por otras trabajadoras sexuales y habitantes del sector. Esta comunidad se configura alrededor del trabajo y los negocios, pero también se fortalece alrededor de las prácticas y los rituales que suceden en el cementerio, un espacio comunal de sociabilidad.

La iglesia católica es una institución heteronormativa que no admite abiertamente la condición sexual de las mujeres trans, ni su oficio.

Por ello juega un papel importante la devoción que ellas tienen en los santos populares para pedir favores, ayuda y protección por medio de los rituales celebrados en el cementerio. Entran en escena los vendedores, quienes además de facilitar los objetos sagrados para el culto, hacen las veces de guías para los procedimientos rituales, y dan consejos de cómo operar. El texto sugiere que el cementerio puede reemplazar a los templos tradicionales y acoger a una comunidad de devotas desamparada por la iglesia católica.

Julio Garavito es uno de los santos favoritos de las mujeres trans. Algunas aseguran que fue un antiguo cliente de las trabajadoras sexuales, quien en vida buscaba a las travestis y por eso, como ánima, les trae fortuna. También es considerado importante por estar en el billete de veinte mil pesos; su representación gráfica y la circulación de su rostro como dinero, llama más dinero. Las creyentes le ruegan por ayuda para suplir las crudas necesidades económicas del día a día.

El culto a los santos populares unifica a la colectividad de trabajadoras sexuales trans. El cementerio se convierte en un espacio sagrado y neutral, donde se reúnen las integrantes de la comunidad bajo unos lazos de solidaridad mutua, las congrega una búsqueda de sentido, su fe. No están incentivadas por una promesa de salvación en el más allá, sino por las bendiciones deseables, y tan solo experimentables, en esta vida terrenal. Sus solicitudes más comunes tienen que ver con el aumento en el número de clientes y su generosidad en el pago. También ruegan para poder realizarse cirugías estéticas.

Según los autores, la comunidad del barrio Santa Fe no solo se conforma de mujeres trans, también hay delincuentes comunes, consumidores de droga, habitantes de calle, trabajadoras sexuales “de género biológico femenino”, todos ellos reunidos en la categoría de “personas marginadas”. Esta población de excluidos comparte las mismas necesidades materiales y espirituales que socializan en el cementerio, mientras se apropian de este espacio patrimonial.

Los autores concluyen que el culto a los santos populares celebrado en el Cementerio Central, más que una forma de religiosidad, es sobre todo un indicador de las precarias condiciones de las personas que lo practican; si las necesidades materiales básicas estuvieran resueltas, señalan, las mujeres trans no coaccionarían a las almas de los difuntos en busca de que les provean dinero. La escasa cultura religiosa de las creyentes les permite incorporar, sin distinción, creencias cristianas, míticas y supersticiosas; el santo es al tiempo un símbolo, una idea y una representación

física de la lucha contra las vicisitudes de la cotidianidad. Esta forma particular de religiosidad popular acoge a los pobres y excluidos en el seno del Cementerio Central.

Para el investigador William Mauricio Beltrán, quien hace la presentación del libro y acompaña el trabajo de los tres autores, los aspectos principales tratados en el texto son: la organización y consolidación de un mercado de objetos y servicios sagrados en torno al culto; el afincamiento de una comunidad de fieles que, a través del culto, crea y fortalece lazos sociales; y la apropiación del cementerio por parte de los fieles, al tiempo que resignifican este espacio sagrado.

Aunque el texto resulta de un extenso trabajo de campo, algunas voces de las mujeres trans del barrio Santa Fe son citadas de fuentes como la revista *Fucsia* o el documental *Putas o peluqueras* de Mónica Moya y José Luis Sánchez. El esfuerzo de este texto por describir una manera de habitar la ciudad, en donde la vida, la muerte, los anhelos, las desdichas y los sueños transcurren entre la calle y el cementerio, se queda corto al opacar las voces de las protagonistas, mujeres travestis que dan vida a las prácticas y rituales. Sobre las transacciones entre vivos y muertos solo los primeros nos pueden dar detalles; a los argumentos presentados en el texto los reforzaría poner a resonar más aquello encontrado en campo.

Una de las principales conclusiones del libro es que el culto a los santos populares es sobre todo un indicador de las precarias condiciones de las personas que lo practican. Dicho argumento es presentado hacia el final del texto y no tiene mucho desarrollo, pero deja abiertas muchas preguntas: ¿los santos populares son adorados tan solo por una clase social?, ¿los favores que se solicitan son únicamente económicos?, ¿la devoción está directamente relacionada con la precariedad? El billete de veinte mil pesos cambió su representación del rostro de Julio Garavito al del liberal Alfonso López Michelsen; los autores se preguntan si el culto a Garavito se transformará o si nacerá un nuevo culto que haga del expresidente un santo popular. ¿Perderá su potencia Garavito por no continuar estando en el papel moneda y, en consecuencia, perder su relación con la fortuna?

Entre la calle y el cementerio es un libro que nos invita a preguntarnos sobre los santos populares y sus devotos, particularmente mujeres trans, trabajadoras sexuales del barrio Santa Fe. Nos muestra una serie de relaciones que dejan abierto un campo de investigación y sobre todo pone en discusión un llamativo caso de religiosidad en Bogotá.